

Acerca de la distinción entre el fin de la vida y la muerte

MORITURI TE SALUTANT¹

- **Por Jorge Pinedo**

Los que van a morir te saludan es la frase falsamente atribuida a los gladiadores romanos en oportunidad de presentarse ante su emperador (*Ave Caesar Imperator...* comenzaba) al comienzo de la más o menos desigual lucha contra congéneres y/o bestias salvajes. El final cantado de modo alguno quitaba emoción al conjuro que, por inventado, multiplica su fervor: algo contiene de posta. Sintagma de ficción, no obstante se ha perpetuado a raíz no tanto de la buena prensa que le otorgó Suetonio en *La Vida de los Doce Césares* un par de milenios ha, como por esa frontera semántica que a fuerza a de verdad supo traspasar los siglos.

Pues por aquél entonces la muerte era sólo el fin de la vida y el resto se dejaba a los poetas y psicóticos místicos que se encargaban de esos asuntos de los dioses, de modo de dejar a los mortales en paz con sus cosillas. Hasta que llegaron los cristianos y luego los católicos que, montados sobre la tradición monoteísta jasídica, impusieron su terrorismo de estado celestial mediante la no menos fantástica que perversa creación de un dios policía que persigue a los vivientes y los percute tras el óbito. Con la colaboración de los farinellos y vonwerniches de la época lograron implantar esta creencia –la muerte- como estrategia de marketing destinada a la dominación de los cuerpos. Hurtando una palabra griega, la llamaron *alma*. Con tamaño paquete garantizaron para sí un Estado, una gerontocracia y por sobre todo amaestrar, domesticar y someter a los habitantes de casi medio globo, aterrorizados por la indemostrable amenaza.

Fin del fin de la vida como sanseacabó e inicio del reinado de la muerte como género metafísico y modelo vivencial. Para casi todos. Pues hubo y hay quienes no se resignaron al maltrato, decididos a vivir la vida como un acto de libertad. Allí esta Vicky Walsh (la hija mayor de Rodolfo) que, rodeada junto con sus compañeros por las fuerzas represivas, en septiembre del '76 resistió a los tiros desde la terraza y, al terminárseles las municiones, se puso de pie y dijo: "Ustedes no nos matan, morimos porque lo elegimos". También muchos otros, de distinta manera, en diferentes órdenes. Como Gabriela Liffschitz (1963-2004) a quien un cáncer terminó de devorar de a cachos, no sin antes

¹ Publicado en revista HUMO nº2, Grupo Editor, Buenos Aires, diciembre 2015, p.112.

haber dejado una hija –Valentina-, poemas (*Venezia*, Último reino, 1990), una nouvelle (*Elisabetta*, Bajo la Luna Nueva, 1995), las estremecedoras mixturas de fotos y textos que son *Recursos Humanos* (Filo Libri, 2000) y *Efectos Colaterales* (Norma, 2003), además de más fotografías, más narrativa, reseñas bibliográficas, cine, producción, hasta el póstumo *Un final feliz (relato de un análisis)*, reeditado por Eterna Cadencia. Imágenes entrelazadas a decires y su resultante: el compromiso con aquella porción de verdad que porta la palabra. Es decir, la vida misma. Con su fin incluido.

“...a mí siempre me fascinaron las palabras, esos animales raros, transformistas, inasibles, inesperados y engañosos. Así que en esta última versión soy palabra, no sé cuál, es difícil elegir, así que seguro que lo hago a último momento, pero el caso es que soy una palabra y habito el discurso cuando es bello e inteligente, cuando es divertido y lleno de colores (...) Habito el discurso de todo lo que he escrito, de todo lo dicho, de todo lo equívoco o todo lo sentido...” (carta a Valentina).

Porque lo contrario del equívoco no es lo inequívoco ni lo opuesto al sentido resulta el sinsentido, es que la obra de Gaby Liffschitz va de la carne a la letra, ida y vuelta varias veces, hasta que de repente aterriza algo de afuera y se la lleva de este mundo sin importarle si es bello o inteligente, raro o inasible, divertido, elección, versión. Al cáncer eso nada le interesa, se lo deja a los vivos. Obra, al fin y al cabo, que se resiste al canon, al género; obra resistente, en forma unitaria y en su conjunto componen lo que Gabriela L. sostiene y hay que creerle: un relato. A secas.

Funda a su modo una narrativa que adquiere la forma del soporte formal que a su paso elige: los versos de una ciudad que tal vez se hunda –*Venezia*-, un nombre de mujer –*Elisabetta*- que se torna testimonio, una política de la erótica o en una erótica de la política ya en el giro que la mastectomía le produce. Excede la palabra, rebasa la imagen, texto + fotos x 2.

Si Gabriela L. hubiese transitado el siglo XIX, tal vez habría sido una crónica de viaje hacia algún lejano paraje exótico, tanto como a la vuelta de la esquina. Un siglo más atrás acaso cobraría la forma de cuartetos octosilábicos, canción del juglar, picaresca. En aquél hoy se vale de lo que hay y con ello hace otra cosa. Entonces le hecha el guante al mismísimo psicoanálisis lacaniano y de su travesía final hace relato. Al fin y al cabo ¿no era que tenía forma de ficción?

Desde hace años peligro.
De manera tal que ruedo, caigo,
negocio mis bordes sagrados.
Con frecuencia transcurro con suma destreza

por la piel de mi enemigo.
Contemplo la blancura en los ojos
como quien mira del templo el rito.
Recuerdo los secretos de mí.
Recuerdo mi crepúsculo de espada,
de lanza erótica y tortura.
Ya mujer antes que profecía, que testigo.
Las cenizas, que como pacientes serviles
se extravían a la hora del combate.
(de *Venezia*)

El peligro de los bordes sagrados, la destreza tomada al enemigo, el rito de la lanza y el combate que culmina en las cenizas, anunciados con quince años de anticipación tornan a *Un Final Feliz* en un feliz final donde, no por final sino por feliz, Liffschitz transforma el síntoma en estilo. No importa si se trazó en el marco de un (psico)análisis o en la bañera, el final de la vida deja de ser para siempre la muerte, en la misma maniobra que se aparta de toda religión, aún de la de su propio psicoanalista (que sigue con sus ritos).

Cuando el final del combate no es derrota ni victoria

En el mismo juego malabar inscribe su nombre de autor o, como diría su abuela Jana, hace de la necesidad virtud. Frase hecha, arrancada de su destino ordinario de toda ordinariez para nombrar sus obras artísticas correspondientes a la fase mutilante del cáncer, hasta convertir el lugar común en la invención de un juego renovado:

“(...) la vida para mí llegó a su fin; esto es una realidad; y así pasa a veces. Como bien sabés, la vida termina en algún momento, antes o después, y eso no tiene ninguna lógica específica, y me parece a mí que sería bastante tonto buscársela. Simplemente las cosas pasan de esta forma o de alguna otra, no importa, el tema es que como cada historia que llega a su fin, también si uno quiere abre otro inicio. Me parece que esto es lo divertido (me fascinan las cosas divertidas), me parece que podemos buscarle a esta historia cualquier continuación. En definitiva es esto lo que te propongo, juguemos.” (carta a Valentina)

Ese juego no logra impedir el final y sin embargo alcanza para acercarle alguna felicidad por la vía del testimonio en plus donde “... hay personajes, una

historia o varias, una tensión, una intención de hacer la escritura y la lectura entretenidas y una serie de desenlaces propios de un relato que sin embargo no aspira a ser una novela”*. Pues que no lo aspire tampoco alcanza para que lo sea o no y conserve, sostenga y supere la modalidad del relato desenvuelto en el paisaje escenográfico de un (psico)análisis. De allí adopta flora & fauna: sesión, otros analizantes, honorarios, tiempo escandido, significantes; transferencia, angustia, “pase”, fantasma, fin de análisis. En fin, luces y sombras con las que el analista interviene mediante esa curiosa gramática donde el dilema le sucede al Otro y que la misma Gabriela –a propósito del escrito de un analista en situación de “pasante”- sitúa como “lo más alejado a esta narración. Sólo el hecho de que aquel testimonio estuviese escrito en tercera persona ya marca un ángulo de relato muy en otra perspectiva, haciendo prescindir al mismo de los pilares que cualquier narración necesita para sostenerse”. Por eso mismo, y en función de aquella abstinente discreción respecto a la identidad de los pacientes que Freud guardaba bajo un meditado disfraz a fin de evitar el festín morboso, cabe aquí reservar la del analista en cuestión y remitirla a la revelación de la autora en el propio libro, a quien se le antoje leerlo.

Posición horizontal definitiva permanente

En la misma senda, jibarizar *Un Final Feliz* en el rubro “testimonio sobre el fin de análisis” equivale a suplantar el viaje por el vehículo, a creer que *Moby Dick* es un manual para la caza de ballenas, *Crimen y Castigo* versa sobre un crimen y un castigo o, como figura en los catálogos de las grandes cadenas de librerías, *Recursos Humanos* y *Efectos Colaterales* (los libros, testimonios gráfico-literarios de la propia Gabriela L) pertenecen a la góndola “autoayuda”.

“No hay otro que ubicar en alguna parte. No me cuida ni me descuida, no lo pongo o lo saco de ningún lado. No está ahí. Eso es todo. (...) El futuro adquirió finalmente la consistencia de lo que no hay, de lo que hoy no es, es decir, de lo innecesario”.

En la metamorfosis de la mutilación en mutación, Gaby L. requiere mucho más que once capítulos y cien páginas. Recurre al acto de revisión de volver sobre sus pasos y evocar, en *Un Final Feliz*, aquello donde experimenta la estética del arrojo: “Algunos años antes de iniciar este análisis, en mi primer libro, me definía así: ‘Ignoro tanta contemplación. Soy la garganta de las redes. He olvidado la prudencia de quien sabe que se escribe. Pero no lo hago por definirme, conservo la inocente intención de concretarme’”. Concreción que va de la contemplación a la mirada en tanto práctica política y a la fotografía al

modo de insignia que flamea desde la barricada hasta vencer en la producción artística por sobre la irremediable batalla biológica que ni siquiera culmina en empate sino, se sabe, en final.

“Siempre había tenido algo así como una compulsión a ver. Un exceso de control ubicado en la mirada, como cuando uno cruza una calle mientras está viniendo un auto, y uno lo mira, mira el auto como si esa mirada ejerciera un poder, como si el hecho de que el conductor viera que tenemos ojos y que lo estamos mirando le impidiera de alguna forma cometer el atropello de matarnos”.

Ahí es donde Liffschitz se lleva puesto el coche, al conductor y al atropello junto con el género con el cual se enuncia. El masculino “uno”, que la hace a estos fines única en la proeza de que ningún feminismo principista se encabrita con ella. Por el contrario, su figura esalzada como emblema político de quien ejerce su elección de qué hacer con el propio cuerpo. Género que se desbroza junto a los literarios que, exhaustos, le calzan el sayo tejido para la ocasión: “inclasificable” (o algo peor: “transgresión”). Paradojal dispositivo clasificatorio que se clasifica a si mismo y en todas partes, como tal instala las bases de una memoria que transita sobre la vía del relato en el vagón de carga de un (psico)análisis, el suyo. Acaso en semejante travesía *Un Final feliz* es ante todo un relato destinado a “... hacer algo con todo eso. Primero hacer algo con el cáncer: no dejarme llevar por el ‘se acabó todo’ y seguir mi sencillo pero efectivo principio que versaba que hasta que estuviese en posición horizontal definitiva permanente y no pudiese hacer nada más, ni siquiera pensar, estaba viva. Entonces cómo viviera dependía también de mí, no solo del desarrollo de la enfermedad. Estaba en mí defender mi vida para que no todo se convirtiera en cáncer”. Ni clasificable ni transgresión, saber y hacer otra cosa con eso consiste en mostrar la teta que no está, la cabeza y la concha lampiñas no por coqueta coiffeur sino por efecto de la quimio. Es el ejercicio del acto (de la palabra) en su condición de mundo habitable. En otros planos, en distintos y subalternos órdenes están el psicoanálisis, los géneros literarios, aún el fin de la vida, mal llamada muerte: esa viva realidad.

Epicrisis

En el consultorio del médico:

Señora: - ¿Cómo dijo doctor? ¿Escorpio, Sagitario, Aries?

Médico: - No señora: cáncer. Cáncer.

* Las citas que no llevan referencia corresponden a *Un Final Feliz (relato sobre un análisis)*, Eterna Cadencia Ed., Buenos Aires, 2009.

RECUADRO

PASE LO QUE PASE

El argumento fenoménico de *Un Final Feliz* es, como el subtítulo lo indica, el *relato de un análisis*. Ignoramos si el bautizo es de la autora o triquiñuela marquetinera del editor. No importa: dentro de semejante trama, en forma tangencial emergen dos problemáticas concatenadas que desvelan a algunos lacanianos locales: el fin de análisis y el “pase” (o cómo queda instituido un analista). Ideas centrales que componen el bagaje de tics con los que el saber popular identifica el supuesto ritual de algunos grupos, entre otros: sesión hipercorta, honorarios exorbitantes, interpretaciones telegráficas, lenguaje críptico, su ruta. Leyendas urbanas.

En curiosa coincidencia (o no) con el cristianismo y la izquierda folklórica, los seguidores de Jaques Lacan supieron jalonar su historia con cismas y enfrentamientos. Fue en 1967 cuando, al disolver una institución y generar otra, Jaques Lacan formaliza e implementa el dispositivo del “pase” que, por las vicisitudes aludidas, recién comienza a implementar dos años después. El pase (significante adoptado, torsión semántica mediante, del pase de guardia de los médicos) consiste en el testimonio que ofrece un practicante del análisis (el pasante) a dos colegas supuestamente más capos designados ad-hoc (los pasadores) por la institución que sea, sobre la experiencia de su propio análisis. Algo así como, mutatis mutandis, un tour por el otro lado del mostrador; de un juicio con jueces disfrazados de jurados y un acusado caracterizado de testigo.

Monopolizado por el sector que sigue al yerno de Lacan, Jaques Alain Miller, el ceremonial del pase fue reglamentado e instituido en el lacanismo de cabotaje recién en 1996. Otras instituciones lo implementaron para la misma época, en tanto un contingente similar ignoró tales prácticas, llegando incluso algunos a combatirla con singular denuedo.

La frase con la que dicen que Lacan sustenta su invento ("Un analista se autoriza por sí mismo ante algunos otros") otorga bastante pasto tanto a las fieras como a los corderos; dirime bandos, hace entrecerrar los ojos y apretar

las mandíbulas. Incluso hay analistas a los que la controversia nada le interesa y optan por continuar trabajando.